



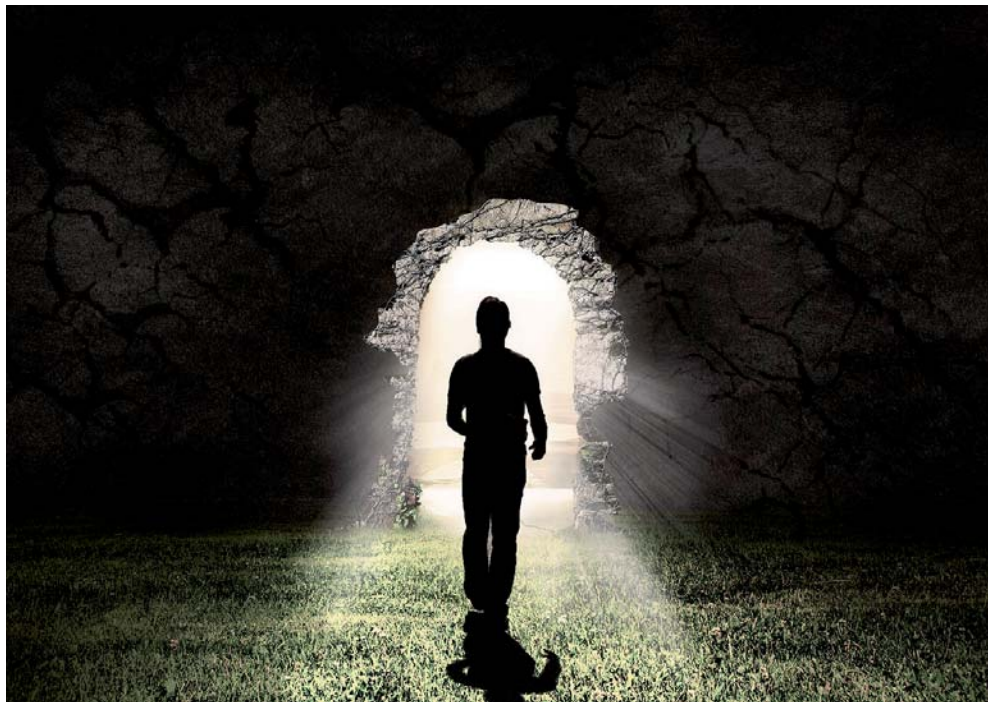
## CREER EN EL SIGLO XXI

**Parece que Dios no cuenta en la vida de algunos hombres y mujeres que trabajan en sus despachos o caminan por las calles de la ciudad como si no existiera, aunque sienten una nostalgia del Absoluto, más o menos imprecisa según las vivencias religiosas que recibieron.**

Una mayoría de hombres y mujeres dice que cree en Dios pero, ¿quién es ese Dios? Porque hay muchas religiones bien distintas, y no todos llegan a identificar al verdadero Dios manifestado en Jesucristo, tal como aparece

en los Evangelios. Son varias las preguntas que muchas veces nos hacemos, por ejemplo: ¿Son equivalentes las diversas religiones para llegar al mismo Dios?, ¿qué tiene de peculiar el cristianismo respecto a otras religiones?, ¿por qué es necesaria la Iglesia?

Convivimos con compañeros, amigos y familiares que se han alejado de la fe por diversos motivos. La mayoría de las veces hay fe muerta, deformada, o dormida –no son sinónimos en cuanto a la responsabilidad- y bastaría leer con un corazón abierto para volver



a los caminos de Dios trazados por Jesucristo en su Iglesia; lo cual implica casi siempre aceptar la ayuda de alguien de la familia, de un colega, o de un sacerdote para recomenzar a vivir con fe.

Por eso un católico convencido tiene que saber dar razón de su esperanza no sólo con las palabras, imprescindibles, sino con las obras, con un estilo de vida semejante al de aquellos primeros cristianos que atraían a la fe en Jesucristo resucitado.

Volver a la fe puede entenderse como regresar al punto de partida si uno ha abandonado la fe concreta que emana del Evangelio de Jesucristo y enseña la Iglesia, a fin de anudar el hilo interrumpido de la historia personal de encuentros con Dios. Y también puede entenderse como la actitud de volver continuamente a la brújula de nuestra vida para agradecer el don recibido y participar más activamente en la nueva evangelización.

La historia de la humanidad se cuenta haciendo referencia al punto singular de Jesús de Nazaret. La vida de Jesucristo constituye el centro de la historia pues Dios no espera a que le busquen los hombres sino que viene en la Persona de Jesucristo a nosotros: **el cristianismo se entiende como iniciativa divina de salvación para los hombres de todos los tiempos.**

Un cuadro del impresionista francés Millet representa a dos agricultores, hombre y mujer, que detienen su labor en medio del campo para rezar a Dios recordando la Encarnación del Verbo, bien al mediodía o a media tarde como es costumbre en algunos lugares. En efecto, la oración del **Ángelus** rezada en medio de nuestras actividades, o al menos recordada, es un acto de fe en que Jesucristo es el Hijo de Dios encarnado en la Virgen María, por obra y gracia del Espíritu Santo, para la salvación de todos los hombres. Nuestros trabajos adquieren nuevo sentido cuando nos unimos a Jesús de Nazaret que trabajó treinta años con manos humanas y corazón humano.

Se ha dicho que san Juan Pablo II ha sido el Papa de la esperanza, Benedicto XVI el de la fe, y Francisco el de la caridad. No faltan razones para opinar así aunque los católicos pueden considerar que estos tres últimos Papas han impulsado con fuerza y a la vez todas las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad.

Ciertamente una parte importante de la humanidad va perdiendo el sentido de Dios a causa del materialismo vital y de la vida intrascendente. Benedicto XVI ha mostrado de mil modos que el hombre alcanza su gran dignidad cuando se reconoce como criatura de Dios, cuando purifica sus ideas acerca del Señor de la historia para no empequeñecer su realidad absoluta, y **cuando acepta las consecuencias prácticas que la fe tiene en nuestra vida pues cuando el hombre se entrega a Dios y le adora no pierde nada y lo gana todo.**

San Juan Pablo II, Benedicto XVI y ahora Francisco ven con preocupación la secularización en cuanto hay una concentración en lo intramundano con pérdida de la perspectiva trascendental y dejando de asentar su esperanza en Dios. Probablemente de ahí arranca no solo la crisis económica sino la ruina de tantos matrimonios, la crisis de muchas familias y los episodios de corrupción económica y política.

Desde el principio los cristianos han creado estructuras de fraternidad para ayudar al prójimo, en particular a los necesitados, como viudas, huérfanos, desterrados, etc. Son bien conocidas las colectas que Pablo hacía en sus viajes reuniendo medios para ayudar a la Iglesia madre de Jerusalén y las demás con problemas.

Con el paso del tiempo la **Iglesia** ha desarrollado grandes iniciativas de asistencia para acogida de peregrinos y desterrados; hospitales y comedores para enfermos y viajeros; escuelas junto a las iglesias para educar a los niños y más tarde universidades al amparo de las catedrales. El Espíritu Santo ha impulsado a grandes fundadores de órdenes como Benito de Nursia y su

hermana Clara, Bernardo, Francisco, Antonio de Paula, José de Calasanz, Juan Bosco, etc. Enseñaban a cultivar las tierras, mejorar el rendimiento de la ganadería, aprovechar los recursos de la tierra, asistir a los pobres, etc. Sin embargo el cristiano no se fija sólo en las obras asistenciales pues con visión de fe sabe que se le pide principalmente el apostolado como preocupación por las almas.

Año tras año la Memoria de Actividades de la Conferencia Episcopal española, de modo semejante a otros países, desvela el balance económico la generosidad de los católicos que aportan millones de euros y su gestión transparente, porque impera en todos los niveles la fe, la caridad, y el espíritu de servicio, no el provecho propio. **Esa es la fe con obras.**

El progreso científico y el bienestar social actúan a veces como narcóticos que alejan de la realidad y generan nuevos problemas: la pérdida del sentido de la vida, el trabajo absorbente como peldaño para el triunfo personal en detrimento de otras facetas más importantes aún, como son el matrimonio, los hijos y la familia.

Podemos decir que una sociedad sin valores es una sociedad sin futuro. Acierta entonces Benedicto XVI cuando escribía que *no podemos construir el Reino de Dios con nuestras fuerzas, lo que construimos es siempre reino del hombre con todos los límites propios de la naturaleza humana. El reino de Dios es siempre un don, y precisamente por eso es grande y hermoso, y constituye la respuesta a la esperanza.*

La preocupación por solventar una crisis económica, para avanzar en la justicia social, y para extender el bien común es natural en el ser humano que vive en sociedad y tiende a ser solidario con los necesitados. Sin embargo la experiencia muestra que los propios intereses ciegan a los hombres ante las carencias ajenas, y el egoísmo personal, de clase o de nación, les encierra en sí mismos haciendo crecer grandes injusticias. El Evangelio de Jesucristo conoce bien el corazón humano, con sus magníficas



cualidades y sus peores inclinaciones, y por eso insiste mil veces en la necesidad de vivir la caridad.

Jesucristo no sólo exhorta a vivir la caridad con todos, incluso con los enemigos, sino que advierte a todos que seremos juzgados por nuestras obras al final de nuestra vida en la tierra. Las parábolas de las vírgenes necias que dejándose llevar por la pereza y la pasividad dejan sin renovar el aceite permitiendo que sus lámparas se apaguen, así como la parábola de los talentos siempre han impresionado a los cristianos poniendo un espejo para ver cómo viven la caridad, la solidaridad, y la justicia.

Dice san Pablo que en nuestra vida de hijos de Dios en la tierra vivimos con la fe,

caminaamos con esperanza, y ejercitamos la caridad, pero al final sólo permanecerá esta última: la fe desaparecerá ante la visión directa de Dios en del Cielo, y la esperanza habrá cumplido su misión cuando lleguemos al final del viaje. **Sólo permanece el amor pues sólo Dios basta.**

El Papa Francisco insiste de palabra y de obra que la fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. *La fe no aparta del mundo ni es ajena a los afanes concretos de los hombres de nuestro tiempo, sin un amor fiable, nada podría mantener verdaderamente unidos a los hombres.*

**Jesús Ortiz López**



# ACOMPañAR A MARÍA EN SU DOLOR

Meditar sobre su AMOR. Un amor a Cristo como no ha existido nunca otro semejante en este mundo. Un Amor llevado, a imitación de Cristo, hasta el extremo. Un Amor que es ejemplar para todo cristiano.

Si simplificamos un poco puede decirse que la historia de la **devoción sobre el Dolor de María** se ha ido desarrollando a lo largo de los siglos hasta llegar a alcanzar en el S XXI la devoción a la Dolorosa en la manifestación de María

bajo la apariencia de Nuestra Señora de los Dolores en la última de las apariciones de Fátima, que parece querer confirmar la estima de la misma Virgen María por esta devoción.

Toda la oración multiseccular alrededor de la Dolorosa atestigua que la Iglesia entiende que el amor a la Dolorosa es parte del camino de santidad del cristiano. Efectivamente los frutos de la meditación pausada sobre los dolores de Nuestra Madre son muy abundantes.

Es en primer lugar una gran fuente de **amor** a María y a Cristo. Al contemplar el enorme dolor de María y de Jesús, sólo comparable con su amor, el cristiano se siente llamado a la **compasión**, y procura acompañar a María en sus sufrimientos y aprende a quererla. Se ve así empujado a la oración y a la petición. Además, al darse cuenta de que el origen de todo este dolor son nuestros pecados y el amor que María y Cristo nos han tenido procura corresponder a ese amor, convertirse y alejarse de todo pecado. Aprende además a querer a los demás hombres. La compasión de María al pie de la Cruz de Cristo nos habla de **lealtad** en las dificultades y nos empuja a estar al pie de las infinitas cruces de los hombre heridos en el cuerpo y en el espíritu y a compadecernos y solidarizarnos con ellos.

La devoción a los Dolores de María es también causa de nuestra **esperanza**. Nos hace sentir a María como alguien semejante a nosotros, que nos comprende y ayuda, porque Ella ha padecido antes que nosotros. De este modo se convierte en fuente de gran **consuelo** ante nuestro

propio dolor. A través de María también se ve fortalecida nuestra **confianza** en la misericordia de Dios.

Por último, la meditación del misterio del dolor de María ilumina nuestra **fe**, ayudándonos a comprender el sentido del mal y la dignidad del sufrimiento humano. Comprendemos que el dolor tiene un sentido, pues Dios no libró del mismo ni siquiera a la Virgen María. Entendemos que el dolor aceptado por amor a Cristo y unido conscientemente a la pasión y muerte del Señor es un dolor salvífico, que completa “en nuestra carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia” (Col 1,24) y es fuerza para aceptar los dolores de nuestra vida. Es también un dolor santificador, que purifica nuestros sentimientos y nos da **libertad** sobre los bienes del mundo. Y es, por último, un dolor **evangelizador**, que lleva a meditar sobre nuestra fe y habla de las realidades que superan el tiempo y la historia.

**Alejandro Burgos**

*(Los siete Dolores de la Virgen María)*



Colegio  
**Montessori**

Calle Rafael Lapesa 1  
37004 Salamanca

[www.montessorisalamanca.net](http://www.montessorisalamanca.net)